

LAS CONQUISTAS DE LA LIBERTAD

MAELLA, PUEBLO LIBRE

(Crónica de nuestro enviado especial al frente)

A nuestro paso por Maella en dirección a Caspe, los compañeros que tienen montado el servicio de control en las carreteras nos dan algunos datos de la buena marcha que sigue en aquel pueblo la nueva vida. Tan interesante nos resulta lo que dicen, que prometemos hacerles una visita tan pronto como nos sea posible.

No nos detenemos en el acto porque nuestra misión de guerra nos obliga a marchar al frente.

Al día siguiente marchamos al frente de Belchite, y allí nos dicen que momentáneamente, tanto en ese frente como en los restantes, se han paralizado las operaciones con el fin de fortalecer las plazas conquistadas.

Decidimos, pues, aprovechar estos momentos de relativa calma para dedicar unas horas comprobando la labor constructiva, que en estos momentos es de las más interesantes.

Enfila nuestro coche la carretera, y en veinte minutos hacemos el trayecto que separa Maella de Caspe.

Preguntamos por el Comité, y al indicarnos nuestro deseo de información, nos acompañan a un local, antiguo baluarte de Izquierda Republicana, en el cual nos aseguran encontraremos al camarada Gonzalo Castro, secretario del Comité. Nos recibe con toda cordialidad, y tanto él como el compañero doctor Emiliano Soriano, se ponen a nuestra completa disposición.

El compañero Soriano, que accidentalmente desempeña también la plaza de médico titular en Fabara, fué uno de los que formaron la barrera humana que para atacar nuestras fuerzas utilizó el infame y cobarde capitán Negrete. Conocedor de que por su filiación societaria el capitán no vacilaría en fusilarlo, no dudó en arriesgar la vida en una fuga desesperada, que consiguió llevar a buen término refugiándose en Batea, donde se habían trasladado los compañeros de Maella.

Una vez reunidos todos los compañeros de los contornos, después de dejar debidamente vigilado Batea, se trasladaron a Maella, entrando en ésta después de una pequeña resistencia.

Inmediatamente, y después de que la justicia popular ejerció su función de saneamiento social, se procedió a la incautación de todos los Centros derechistas y de diversas líneas, que han pasado a poder de la colectividad, bajo el debido control.

En el que fué Casino de Acción Popular ondea nuestra bandera con gallardía y campean nuestras gloriosas iniciales. En él está instalado ahora nuestro Sindicato. El fuego se ha encargado de purificar los que siempre fueron nidos de obscurantismo, y consciente el Comité de que no puede perderse momento, ya han dado a cada uno de estos terrenos un fin utilitario y digno.

Están habilitando un nuevo hospital, y para la más perfecta instalación han hecho a Barcelona un pedido de material médico y quirúrgico. El doctor Carbonell, encargado de los alumbrados de sanidad, entusiasmado con esta idea humanitaria, ha prometido hacerles una visita orientadora, poniéndose a su completa disposición. Nos dan una explicación detallada de cómo han organizado el trabajo, y nos aseguran que en la actualidad no queda nada en el pueblo que no cumpla con el ineludible deber que todos tenemos de aportar nuestro esfuerzo a la colectividad.

—Ha quedado —nos dice— un grupo de unos cincuenta individuos de filiación derechista. Bien sabes tú cómo se nos ha calificado a los anarquistas: de seres sin entrañas. Pues bien, este es un momento en que si hubiésemos querido vengar agravios pasados, habríamos podido ha-

cerlo con toda impunidad. Nos hemos limitado a hacerles comprender la imposibilidad de que continuasen su vida de parásitos y les obligamos a trabajar. Ven y los verás.

Accedemos. Nos interesa ver la cara que ante el trabajo ponen los que hasta la fecha consideraron esa labor propia de esclavos.

Por el camino el compañero Castro nos va dando algunos datos referentes al punto en que nos encaminamos.

—Se trata —nos dice— de construir un camino que ya hace tiempo sentíamos en proyecto y que no pudimos llevar adelante debido a la oposición que nos hicieron las derechas. Por las afueras del pueblo hay varios molinos de aceite que se encontraban sin comunicación con la carretera. Ahora el camino que construimos pondrá estos molinos en comunicación con la carretera general.

Hemos llegado al Tajo. Bajo la vigilante y experta mirada de un compañero del Comité, trabajan con una energía de la que ellos mismos no se creerían capaces. Poco antes de que nos agitasen este vendabal que han desencadenado los defensores de la Injusticia, los trabajadores de la tierra en este pueblo presentaron una demanda de ocho horas de trabajo y siete pesetas de jornal. La petición fué desechada por los propietarios, pareciéndoles que lo que se pedía era algo extraordinario.

Ahora lo que les resulta extraordinario es el trabajar ocho horas. Constantemente están preguntando si todavía no es hora de parar el trabajo.

Después de seguir durante un rato el camino ya construido, nos trasladamos a un magnífico lavadero que ya tienen casi terminado los compañeros y que han instalado a un lado del río con el fin de poder aprovechar sus aguas.

Cuando se empezaron las obras sólo sirvieron de chacota por parte de los elementos derechistas. En la actualidad ya no se ríen. Han tenido ocasión de comprobar su utilidad, ya que son las mujeres e hijas de los elementos que antes hemos visto trabajando en la carretera las que lavan la ropa de los milicianos del pueblo.

Se va haciendo tarde. Indicamos nuestra necesidad de marcharnos, pero nos dicen no lo hagamos sin ver antes la magnífica escuela de que dispone el pueblo.

Por el camino surgen maquinalmente las preguntas:

—Este es uno de los primeros pueblos en que puede implantarse el comunismo libertario —nos dice el camarada Castro—. En artículos alimenticios, son ininidad de los que nosotros podemos abastecer a otros pueblos. Ya hemos iniciado intercambios con Barcelona. Controlamos todos los alimentos y hemos enviado varios camiones para abastecimiento de las columnas.

Hemos llegado al colegio. Construcción amplia y moderna. Grandes ventanales. Su solo aspecto exterior ya da una sensación de placidez y reposo. La labor cultural ha de resultar agradable dentro de sus paredes.

Trasponemos la verja que da paso al patio de recreo. Vamos viendo las clases. Amplias, llenas de luz, paredes limpias y baldosas blancas. Todo agradable para ser contemplado por ojos infantiles.

Ocho grandes clases componen el total de capacidad. Van siendo ya insuficientes, y mucho más ahora que va a incrementarse la labor cultural.

Son las siete de la tarde. Se impone el regreso a Caspe, y empiezan los cordiales apretones de manos. Mutuamente nos repartimos frases alentadoras, y ya alojado nuestro coche, nos sumamos en una esperanza llena de claras visiones de futuro.

G. SEGURA

Cómo se abastece el frente

(Crónica de nuestro enviado especial)

Encontrándonos en el despacho de la comandancia de la segunda columna, adonde hemos ido en misión informativa, oímos al compañero Molina contestar por teléfono a una oferta de intercambio de productos alimenticios que le hacen desde el frente. Nos ha comunicado que las operaciones están paralizadas, limitándose únicamente a fortalecer los puntos conquistados, y creemos que si en nuestra misión de informadores no podemos dar detalles de la lucha, por la razón antes expuesta, la conversación telefónica del compañero Molina nos ha sugerido la idea de que seguramente a nuestros camaradas lectores les interesará conocer cómo se aprovisionan y distribuyen los alimentos en el frente.

Esperamos pacientemente que llegue la hora de la comida del mediodía para abrir el interrogante de la curiosidad que es toda pregunta. Hotel Latorre de Caspe. Esto, aun cuando no línea de fuego, es frente de combate. Y consideramos que es conveniente saber cómo se distribuye el frente y la retaguardia.

En el hotel Latorre contesta pacientemente y con gesto sonriente a nuestras preguntas la señorita Miguella Latorre, una de las víctimas del fatídico capitán Negrete y de la que ya en números anteriores hemos contado su odisea.

Nos encontramos sentados en el comedor del citado hotel. Es poco más de la una y hay un bullicio indescriptible. Es un constante entrar y salir de hombres armados.

El local, amplio y ventilado, de unos 7 x 9 metros, tiene dos grandes ventanales que, si bien durante el día aparecen velados por cortinas para evitar el resplandor por la noche, completamente abiertos, dejan entrar un aire fresco y vivificante.

Dieciséis grandes mesas de pino barnizadas de rojo ocupan esta espaciosa sala, en la que en algunos momentos se hace difícil encontrar sitio.

—¿Qué número de comidas acostumbran ustedes a servir diariamente?

—De 150 a 200; las raciones de la noche, generalmente, son algunas menos, debido a que

muchos de los que vienen al mediodía por la noche están en otras plazas.

—¿Cómo les facilitan a ustedes los alimentos para su condimentación?

—Por medio del Comité de Abastos. Este Comité nos da marcado lo que ha de constituir el menú del día, y con arreglo a ese menú nos da los víveres necesarios para las plazas que consideran puede abastecer este hotel.

—¿Qué personal utilizan para atender estas necesidades?

—Entre cocineras y muchachas que sirven en el comedor, once; todas ellas con muy buena voluntad y desinterés.

Esto podemos aseverarlo nosotros. Hemos podido constatarlo. Y podemos asegurar también que la comida es sabrosa y bien condimentada.

Café con leche y pan a discreción como desayuno.

La comida de hoy ha consistido en unos bien guisados fideos a la cazuela y unos pedazos de conejo con tomate. Pan, vino y postre.

La cena la constituye unas judías tiernas con patata y unas sardinillas acompañadas de una ensaladilla de cebolla y tomate. Pan, vino y postre.

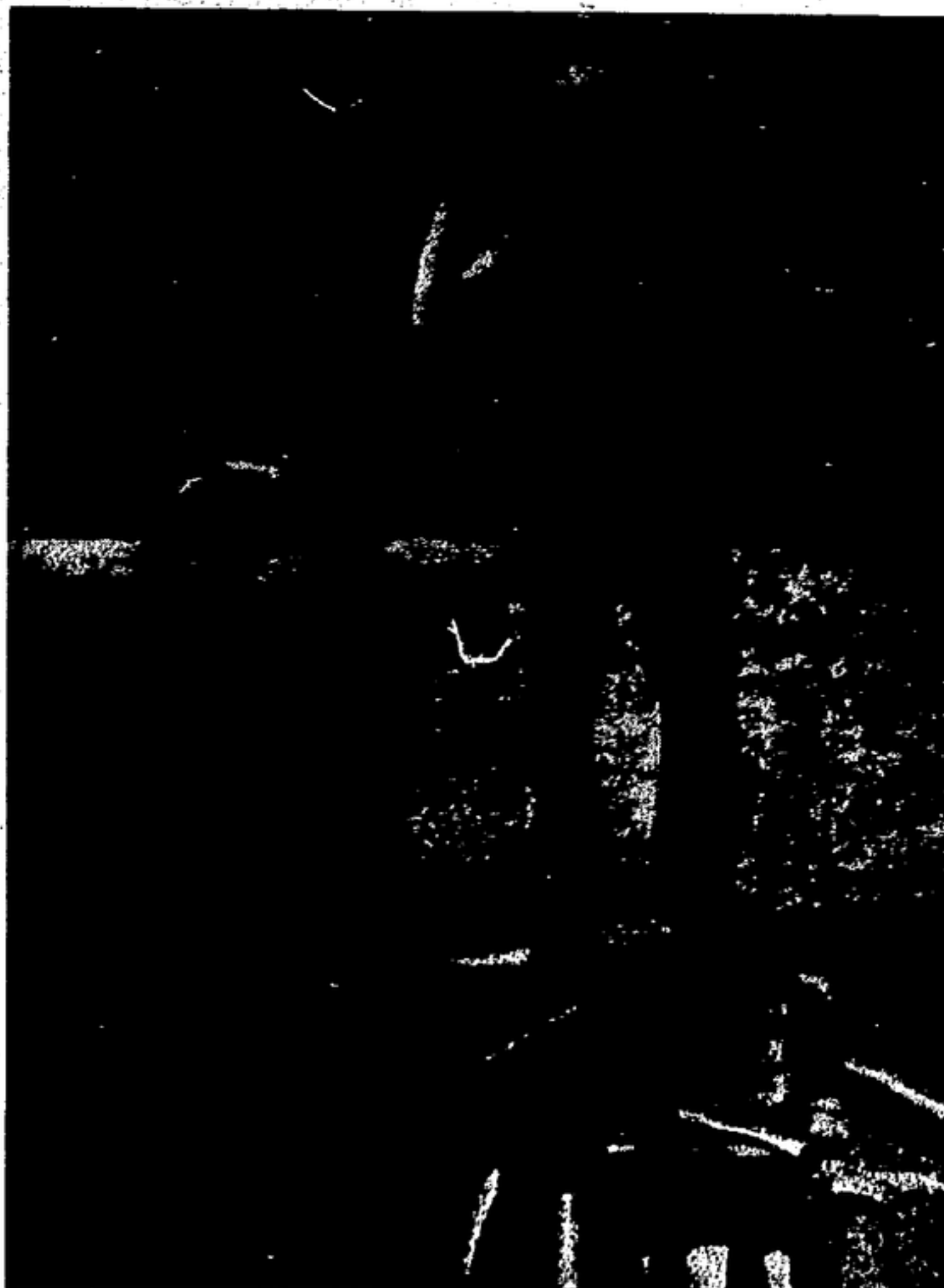
El hotel Latorre tiene también puesto a servicio de la segunda columna todas las habitaciones y camas de que dispone.

A nosotros se nos ha facilitado una habitación, agua corriente y cama muñida.

En el mismo comedor del hotel Latorre nos encontramos con el teniente que tiene a su cargo el abastecimiento de alimentos a la línea de fuego. Nos explica cómo con arreglo al personal que componen las columnas se mandan los víveres. Conservas, frutas y toda clase de géneros salen constantemente en camiones para Azaila, en donde quedan depositados en una antigua iglesia, hoy requisada para almacén de víveres.

De allí salen, debidamente controlados, para el abastecimiento de los diferentes grupos, que mandan cada día un delegado para aprovisionarse.

Queda, pues, en síntesis, la seguridad de que nuestros guerrilleros no sufren, dentro de las penalidades de la campaña, una de las más desmoralizadoras para todo ejército: el hambre.



El trabajo se moviliza contra el fascismo

Montón de bombas para abatir la soberbia apostólica

Hemos visitado un gran taller dedicado exclusivamente a fabricación de material grueso de guerra para los aviones.

Rodeado el taller de colinas, contiene una muchedumbre de operarios entusiastas.

Trescientos, cuatrocientos... Nos reciben puños en alto.

—¿El Comité de taller?

—Aquí.

Unos apretones de manos. Prisa. Apenas hemos de decir nada. Los compañeros del Comité de taller, en pleno control de todas las actividades, nos acompañan con solitud.

Hay una fuerte y alta solemnidad en aquella columna detonante.

Cajas de tierra de moldear. Se ponen los roys para hacer el vacío en el interior. Entra el metal. Se funde dentro...

Lo vemos, lo vemos. Los operarios de la acción nos reciben con los puños en alto.

—Los tubos-bombas se limpian por fuera mediante presión de arena.

Ruido que a nosotros, no habituados, nos parecería infernal, si no se hubiera suprimido el inferno hace unos días.

El acabado. Las molas... Y luego, trillita...

Cada bomba, 14 kilos de metralla.

¡Para el fascio!

¡Salud, salud! ¡Corazón en alto! ¡Bravo, camaradas!

